

DISCURSO ACADÉMICO

PRONUNCIADO

EN LA SESION SOLEMNE

DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL,

A NOMBRE DEL CUERPO DE PROFESORES,

EL 14 DE DICIEMBRE DE 1874,

POR

M. PLATA AZUERO.

M. 352 Pza 12

613

1874.

IMPRESA DE ECHEVERRIA HERMANOS.

BOGOTA.



*su afmo amigo,*  
*M. R. A.*

## JÓVENES ALUMNOS DE LA UNIVERSIDAD.

### I.

Por la sétima vez vais a recibir las felicitaciones que os dirige la Universidad nacional en su sesion solemne, i por primera vez toca la alta honra de representar en este acto a tan ilustre cuerpo, a un profesor de la Escuela de Medicina.

Si se tratara tan solo de mi personalidad, yo no osaría hacer oír mi voz en esta tribuna, en que ha resonado la elocuente palabra de los Alvarez i Leon, de los Samper i Quijano, de los Cortés i Gómez. Parecéme que mis oídos escuchan todavía alguno de esos acentos vigorosos, impregnados de la fuerza irresistible del razonamiento, llenos de nervio, de calor i de vehemencia, i palpitantes de arranques impetuosos, que revelan una alma ardiente, apasionada por la ciencia; parecéme que el eco de esas voces, repercutido por los muros de esta sala, vuelve de rechazo sobre mí i apaga las palabras en mis labios, como calla el murmurio del arroyo al ruido estruendoso del torrente. Pero mi espíritu desalentado se fortalece algún tanto, al reflexionar que no es a mí, el ménos digno de los profesores de la facultad médica, a quien se ha deseado honrar en esta vez, sino que es a la facultad misma a la que se ha querido hacer justicia; i aun podría creerse que se rinde un homenaje de gratitud al Congreso de 1867, fundador de la Universidad nacional, escogiendo para diriáiros la palabra, al Representante a quien cupo en suerte en aquel año concebir la idea, i formular el proyecto que la creó, i que es hoy su lei fundamental. Yo, pues, no podía declinar tan elevada distincion; pues vosotros comprendéis que hai cargos que aparejan tan grande honra, que deben aceptarse con orgullo, aunque nos abrumen con su peso.

Para llenar el arduo encargo, debiera hablaros de todas las ciencias i las artes liberales; pues unas i otras son el objeto de la enseñanza en las Universidades; mas, como por desgracia, en la nuestra no hemos logrado plantear aún sino algunos jérmenes de las últimas, véome precisado a concretarme a las primeras. Os bosquejaré, pues, a grandes rasgos un cuadro jeneral de las ciencias, i os haré en seguida algunas reflexiones sobre aquellas a que habeis consagrado vuestros desvelos en este año.

II.

Señores : Vosotros lo sabéis, la base fundamental de las ciencias es la percepción, o mas bien el conocimiento de los hechos, que es lo que constituye las ideas ; para crear, pues, las primeras ciencias, fué preciso que el jenio del hombre, desde que adquirió algunas ideas, se esforzara en agrupar las que parecían encadenarse, en hallar el hilo secreto de ese enlace, i estudiar respecto de ellas la relacion natural de los efectos i sus causas, para hacer en seguida jeneralizaciones parciales, jeneralizaciones que poco a poco fueron entendiéndose, a medida que se ensanchó la base, esto es, a proporcion que aumentó el cúmulo de ideas que la observacion le sujeria.

Estos esfuerzos empezaron sin duda desde que brilló en la mente del hombre el primer destello de intelijencia ; pero como los trabajos de la razon son el resultado de nuestras necesidades, las ciencias no pudieron dar sus primeros pasos sino cuando la sociedad salvó las vallas estrechas de sus exigencias puramente materiales. Los primeros albores de sociabilidad que sucedieron a las tinieblas de la vida salvaje, brillaron sobre el grandioso panorama de la naturaleza ante los ojos asombrados del hombre, escitaron vivamente su curiosidad, i él, ávido de saber, se lanzó desatentado en ese piélago de misterios, marchando entre ellos con la misma anhelosa incertidumbre con que se arrojaron al mar los primeros navegantes. El roce constante con ese cúmulo prodijioso de objetos que por todas partes le rodeaban, le reveló sus relaciones con ellos, i este descubrimiento le condujo al conocimiento de sus propias cualidades : se sintió libre ; se sintió superior a todos los seres creados, i lo que es mas, tuvo conciencia de su razon. Este hallazgo hizo nacer en su corazon el enérgico deseo de conocer todos los caracteres de su ser. Una voz se alzó en el fondo de su pensamiento que le gritó NOSCE TE IPSUM, i esa sentencia que brilló por muchos siglos en el frontispicio del templo de Delfos, que está escrita en la mente de todos los sabios, que es la base cardinal de la filosofia, fué desde entónces el objeto principal de los desvelos del hombre. Comprendió que debía conocerse a sí mismo, para conocer despues a la naturaleza i llegar así al conocimiento de Dios ; i todas sus facultades, todos los recursos de su ser los consagró a esa triple labor, en que cada esfuerzo supremo de su jenio, ha hecho brotar una nueva rama a ese árbol sublime que se llama el árbol de las ciencias ; árbol débil en su orijen, pero que llevaba en su savia los jérmenes todos del saber humano ; que cultivado con sin igual tesón por la mano de los sabios de todos los tiempos, ha ido creciendo i desarrollándose de edad en edad, de siglo en siglo, hasta el punto de que hoy se halla implantado en los antros mas recónditos de la tierra i del mar, sus ramas se estienden a todo el firmamento, sus hojas aspiran el espíritu del hombre ; sus raíces se nutren con la savia que destila la naturaleza en sus misteriosos laboratorios, i su perfume llega hasta el trono del Creador.

Tal es el árbol de la ciencia a cuyo conocimiento habeis consagrado todo el vigor juvenil de vuestra intelijencia, i el que mas tarde absorberá vuestra vida entera i las fuerzas todas de vuestra organizacion. La obra, bien lo veis, es sobrado ardua i laboriosa ; pero me atrevo a esperar que vuestro entusiasmo por ella crecerá, si os dignais lanzar conmigo una rápida ojeada al campo que estais atravesando.

III.

Por las ciencias, señores, el hombre osa salvar los estrechos límites dentro de los cuales parece que la naturaleza ha querido encerrarlo ; hijo

de todas las razas, habitante de todas las naciones, ciudadano de todas las repúblicas, su patria es el universo. La ciencia, como el mas fiel e inteligente de los guías, le conduce de astro en astro, al traves del firmamento, le lleva de pais en pais, de continente en continente; le hace recorrer tierras i mares, lagos i montañas; le hace conocer al hombre en todas sus razas, y en todas sus edades; le enseña sus lenguas, sus virtudes i pasiones; le descubre los secretos de su organizacion, de sus dolencias físicas i de sus males morales; le cuenta su historia, sus leyes, sus costumbres, su religion i su gobierno; le hace admirar toda la escala zoológica, mostrándole cada uno de los millares de millones de seres maravillosos que la constituyen; le pasea en toda la vasta estension de esos dos grandes reinos que se llaman VEGETAL i MINERAL; le descubre las leyes i la riqueza de éste, i los misterios de la estructura de aquel, los principios que lo rijen, sus aplicaciones i sus usos; le enseña las causas de los fenómenos mas extraordinarios de la naturaleza, i pone en sus manos casi todas las fuerzas de que ella dispone, para crear i destruir, para reunir i disolver, para impulsar i detener; i el hombre, despues de su larga i fecunda peregrinacion, vuelve cargado de todos los despojos de Oriente i Occidente, del cielo i de la tierra, pues la ciencia lo ha enseñado a hacer todo el universo tributario de su jenio.

Salvando las vallas de todas las edades, como los limites trazados por los pueblos, la ciencia le hace vivir siglos ántes de su nacimiento, i siglos despues de que el polvo del tiempo ha cubierto la losa de su tumba; pues el hombre es por la ciencia de todos los tiempos i de todas las edades. Todos los sabios, como todos los héroes de remotas edades, como de tiempos recientes, han pensado i han obrado para él, o mas bien, el hombre ha vivido con ellos, ha oído sus sublimes lecciones, i ha sido testigo de sus grandes hechos i de sus egregios trabajos; pues la ciencia reanima ante él las cenizas de los grandes jenios, le señala las rutas que recorrieron, le descubre los tesoros que dejaron i le da el modelo de la conducta que debe imitar.

El hombre de talento, fuerte con el poder maravilloso que le da la ciencia, se ciorne, por decirlo así, sobre todo el universo; tiende por todas partes sus miradas penetrantes; recoge el fuego i los colores que brillan en todos los objetos a su vista; asiste a los misterios de la naturaleza; roba a esta sus secretos, i los esperece a manos llenas en el mundo; allí las artes corren a tomarlos, i aplicándolos a la materia inerte, convierten a esta en admirables elementos activos de comodidad i bienestar, de riqueza i adelanto para la humanidad entera.

Pero la ciencia no limita a estos los dones que concede al hombre: ella, llevándole por todas partes, del cielo a la tierra, del mundo visible al universo invisible, le hace comprender que una gran nacion no es sino un punto pequenísimo de la tierra; que la tierra entera no es sino un átomo perdido en la inmensidad del mundo, i que ese mundo que palpamos no es sino un rasgo apenas perceptible en el seno insondable de la creacion. La ciencia le hace sentir que por mas que ensanche la esfera de sus concepciones mas allá de los espacios imaginables, siempre, eternamente existirá en torno suyo un espacio inmenso, infinito, que no puede circunscribir; i su pensamiento será siempre una esfera ilimitada, cuyo centro lo halla en todas partes, mas cuya circunferencia se ensancha eternamente, i pasa mas allá del mundo visible, i mas allá del mundo imaginable, i mas allá de los espacios que no alcanzamos siquiera a sospechar; la ciencia, ha-